

PERRXS QUE PASEAN HUMANXS

CÃES QUE PASSEIAM COM HUMANXS

DOGS THAT WALK HUMANS

Fecha de envío: 24 de marzo de 2021

Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2021

Fede Luna Buccio Lima

Estudiante de Sociología

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

Email: fedelunaticx@gmail.com

Perrxs que pasean humanxs **Fede Luna Buccio Lima**



Un anecdotario reflexivo, nota de campo, ensayo situado en la Mendoza del 2020-2021. Una familia Interespecie. Perrxs, gatxs, humanxs de compañía. Correas que se tensan, se aflojan, se sueltan, se rompen. Humanxs paseadxs por perrxs. Haraway y sus palabras acompañan el paseo. El primer capítulo presenta a las especies de compañía con las que he convivido. El segundo presenta a lxs perrxs que paseo o me pasean en mi cotidianeidad laboral. El tercer capítulo reflexiona sobre la ecosofía urbana construida alrededor de estos paseos.

Palabras clave: Haraway, Perros, Especies, Trans.

Uma anedota reflexiva, nota de campo, um ensaio localizado em Mendoza em 2020-2021. Uma família interespecie. Cães, gatos, companheiros humanos. Coleiras que apertam, afrouxam, soltam-se, quebram. Humanxs que são levados a passear pelos seus cães. Haraway e suas palavras acompanham o passeio. O primeiro capítulo apresenta as espécies companheiras com as quais convivi. O segunda apresenta os cães que passeiam ou me acompanham no meu trabalho diário. O terceiro capítulo reflete sobre a ecosofia urbana construída em torno desses passeios.

Palavras-chave: Haraway, Cães, Espécies, Trans.

A reflective anecdote, field note, an essay located in Mendoza in 2020-2021. An Interspecies family. Dogs, cats, human companions. Straps that tighten, loosen, come loose, break. Humanxs strolled by dogs. Haraway and her words accompany the ride. The first chapter introduces the companion species with which I have lived. The second presents the dogs that walk or walk me in my daily work. The third chapter reflects on the urban ecosophy built around these walks.

Key Words: Haraway. Dogs. Species. Trans.

1. Convivencia

Las palabras que forman este ensayo están tejidas al calor de las lenguas agitadas y semi-domesticadas de las especies de compañía que han compartido sus vidas conmigo.

Una tormenta nos ha asustado tanto que nos apilamos unxs sobre otrxs e intentamos descansar -aunque sea unos segundos- de la inundación. El techo se llena de granizo, nuestras respiraciones se agitan al ritmo de los golpes, el viento quiebra una rama que apenas se sostiene por otras que la entretejen. Nuestra mente deshilachada continúa telaraña agarrada en las acequias embarradas de la ciudadana y especista cotidianeidad. “Cuidado que te vas a lastimar” le digo a la Kichi, que del pánico se esconde debajo de la cama. ¿Por qué tanto miedo a los truenos? Son como los fuegos artificiales que retumban en el pecho, que desgarran coloridos hilos de los oídos en los brindis de Navidad. Las patas rasguñan desesperadas las puertas del universo... No para abrirlas ni para cerrarlas. Las puertas son los puentes. Los lados atraviesan el río que ¿Somos? en esta ecosofía trans-versal. Juntxs ahora y con algo de miedo.

1.1.Mika

Alguna vez en su lomo canela, en su danza-tap-oveja-araña-folklórica-caniche-micro-toy, la Mika llegó y a lo largo de ¿13? años ladró su historia de protesta ancestral, durmió su lanuda siesta compañera, su felicidad electro-doméstica, su carrera en espirales en los patios terrícolas contra el paso del tiempo y la ceguera. Subida a la cama como si de un pelotero se tratase, lamiéndole la cara a mi sobrino a los meses de nacido, descansando en mi cabeza -cual sombrero- en la silla playera. Viajando juntxs a quién sabe dónde. Esperando el encuentro con mi madre. Alegre en su compañía comiendo palitos veterinarios, huyendo de las peluquerías. La Mika un día se nos fue, debajo de la mesa dejó de respirar. La enterramos en el patio cerca de la huerta. Allí todavía florece su blanco algodón juguetero.

1.2.Azar

Llegó así, de casualidad y se fue un día sin explicación. El Azar loquillo arrebatado alegre como pocos. ¿Dónde fue que lo encontramos? ¿Él nos encontró? Fue el primero que nos adoptó. Trajo sus dientes, su velocidad y su callejera sobrevivencia. ¿A dónde fue? Siempre los cuentos de perrxs que viajan en globo alrededor del mundo, vestidos de rayas coloridas y con anteojos espiralados, me hacen recordar al Azar.

1.3.Flaca

Tejió las redes vecinales, atravesó los puentes por debajo de la acequia, abrió centros culturales perrunos en las plazas, exploró kilómetros con sus patas embarradas trazando

mapas, memorizando lugares, enterrando tesoros, haciendo amigxs, llevándoles algo de alegría a quienes están tras las rejas, persiguiéndoles la cola a lxs que están afuera. La Flaca acerca su hocico de tierra y ofrece las flores perrunas de la amistad. Juntxs, y sin miedo. Abre su corazón al encuentro con lxs otrxs, en un picnic, en las rotiserías, en la montaña. Recibe feliz, los tesoros que alguien siempre guarda para ella.

A veces La Flaca acompañaba a otrxs humanxs. O recorría las calles sin volver por varios días. Siempre regresaba como diciendo “no saben dónde estuve y todo lo que aprendí”. Perra libre y poliamorosa. Un día conoció a un chico y se fue a vivir con él una semana. Volvió. Luego se fue varias semanas. Volvió. Luego se fue un par de meses. Siempre nos la encontrábamos en la plaza o por ahí, revolucionando el mundo desde su perruno movimiento antisistema. De la misma manera que se fue de nuestra casa, se fue de la casa de su nuevo humano de compañía. Y durante aproximadamente un año no “volvió a ningún lugar”. La buscamos, y no la pudimos encontrar.

1.4.Negrito

Todxs lxs perrxs tienen una determinada edad. Se puede suponer por sus características físicas y demás. Bleh. El Negrito tiene cientos de años. ¿Alguna vez fue joven? ¿Seguirá viva su madre? Porque lo conocimos hace tantísimos años cuando convivía con amigxs en otra casa ¡Y ya era viejito! Han pasado más de diez años desde que vive con nosotrxs y con su mini arrabalera presencia y eminencia sigue abriendo surcos en la tierra, corriendo por el medio de las calles -que son sus calles-, desafiando a los Goliats del mundo perruno y festejando los bocadillos de zanahoria con la alegría del planeta. Alguna vez queda duro por salir y entrar por las rejas del portón. A los días se recupera, y como nuevo se lanza a la aventura de re-correr la tierra. Estirar un brazo, dejar una mano colgando, o recostarse en el suelo es suficiente para que el Negrito se largue tiernamente sobre unx para dar y recibir cariño. Es como si se tratara de un ritual superior que algunxs humanxs todavía no entendemos. Cualquier otro perro hubiera sido profundamente lastimado en el campo de batalla de la modernidad al andar del Negrito, por ejemplo, al ser atacado por el más feroz de los más enormes perros. Pero él es incansable e indestructible defensor de sus trincheras. Su bandera, es el amor en la Tierra.

1.5.Brad

El Brad o Tuqui estaba perdido en una plaza en Godoy Cruz. Pegamos carteles para encontrar sus humanxs de compañía. Pero como no aparecieron fue automáticamente adoptado por la familia interespecie que ya éramos. Brad porque se parece a Brad Pitt. Tuqui por el cannabis medicinal. Su parche en el ojo. Su porte firme y desafiante. Su miedosa retirada. Su ladrido ataque pokemon. Su mandíbula temblorosa. Su ternura demandante. Su protesta, listado de peticiones, que no son tantas. Su mañosidad. Un perro malcriado, indomesticable, amigo de sus amigos, fanático de las tortitas con

chicharrón, el pan tostado...pero de complicada socialización. Es como si todavía tuviera ráfagas de recuerdos que lo atacan. Recuerdos de cuando se perdió. Y en el medio de un paseo comienza a ladrar para volver al hogar. Lxs demás perrxs no lo entienden y a veces lo atacan. El Brad rompiendo las cuchas. Saltando y cayendo de las sillas. Hablando a todo volumen por si alguien no escucha lo que tiene para decir. Allá está por la esquina y va a volver cuando él quiera. Tiene alguna referencia de dónde puede ir a pedir un hueso, pero no se anima a ir sólo, así que regresa a conformarse con algunas zanahorias que con el paso del tiempo ha aprendido a disfrutar.

1.6. Juana

Encontrada pequeñísima en la calle tuvo que crecer con lxs perrxs que éramos, y rápidamente se convirtió en una hermana más. La ¿primera? felina. Nunca tuvo un problema con lxs perrxs. Siempre ronroneó su gatuno y misterioso placer. Entregó sus pequeños ataques cotidianos, sus dientes y uñas afiladas, como si ese fuera el juego que nos quería enseñar. “Dale peleemos” ronroneaba. Se convirtió con el tiempo en una majestuosa y enorme gata maestra. Una caricia la convertía en una tormenta llena de rayos. Amaba dormir juntxs acurrucada en invierno debajo de las piernas. Un día enfermó. Quizá fue una pelea en el techo, con algún gato del barrio. No pudo recuperarse. La enterramos en el patio, donde todavía florece en glotones y coloridos maullidos de placer.

1.7. Coqui

Uno de sus ojos, es mitad blanco mitad marrón, una extraña marca de nacimiento, “la marca de la Coqui”. Ella ve por entre los espacios vacíos de la tropezada domesticación humana y encuentra las grietas para abrir caminos hacia la liberación perruna y animal. Amorosa como ninguna. Pide y pide porque sabe que merece. Pide para todxs un poco más. De caricias, de tiempo, de juego, de palabras, de música, de lluvia, de sol. Ha aprendido a andar libre con la Flaca. Es fanática de las zanahorias, tanto que podría vivir a base de ellas. A veces ladra a otrxs perrxs como avisando “no te atrevas a hacerme daño”, pero nada más. Fue elegida por la manada como la más juguetona y la más tierna. A la hora de dormir todxs pueden tener un lugarcito con ella. Llegó tras ser atropellada cerca de la plaza. Creemos que era callejera. Tuvimos que llevarla a operar. Ahora corre como el viento aunque su pierna esté suelta del hueso de su cadera. Si fuera por ella sería la líder de la-las manadas, pero no la dejan, es demasiado buena.

1.8. Tarso

Pequeño gatito que llegó rayado y gris. Se amamantaba de nuestras orejas hasta grande - aunque siempre fue pequeño-. Tarso por esos animales medio Lémures de ojos enormes. Aventurero nocturno y defensor de los techos. Espantó a invisibles fantasmas y jugó a las

escondidas con lxs duendes. Fue hermano y mejor amigo de la Juana. Juntxs abrieron los portales místicos y psicodélicos de la gatuna experiencia. Nunca percibí del Tarso un rasguño, una mordida, un ataque, una protesta, una señal de enojo. Un día volvió del techo con heridas. Una batalla con un gato vecino. Enfermó por el “sida felino” dijeron lxs veterinarixs. Tras muchos tratamientos, no pudo recuperarse. Un día lo encontramos sin vida debajo de la mesa. Lo enterramos en el patio. Sigue floreciendo en tiernas y amables plantas medicinales.

1.9.Kichi

La más grande y peluda, con rastas ancestrales, guardiana por vocación, la Kichi llegó porque quiso ser parte de esta manada, y porque andaba callejeando perdida por allí. No tiene ni tendrá dueñxs. Somos con la complejidad que esto representa sus humanxs de compañía. A veces compite con la Flaca por quien lidera la manada. Está en desacuerdo con muchas de las normas humanas de la humana normalidad y lo ha manifestado corriendo alguna bicicleta o largando algún tarascón a tobillos ajenos. Es por ello que no puede salir suelta (excepto las noches estrelladas, cuando vamos toda la manada en bicicleta, ella corre y se zambulle en los ríos y se arrastra por la tierra aliviando su domesticada comezón de protesta). Es mejor amiga de la Coqui y juntas juegan al juego de la mancha, las cosquillas, la tierna pelea. Odia las tormentas porque le hacen recordar a los fuegos artificiales, y viceversa. Es en esos momentos donde más nos necesitamos. Una vez cuando paseábamos escapó tras escuchar un trueno. Tras varias horas de búsqueda la encontré -justo antes de que el cielo se caiga- agotada en la puerta de un kiosco a muchísimas cuadras de distancia, con las patas lastimadas de tanto correr. Desde entonces una vez a la semana recuerda ese día con muchísimo temor. A veces se olvida, cada vez más, y vive feliz revolcándose en la tierra.

1.10.Tito

Un gato que llegó de otros techos, de otro planeta. Poco a poco fue adoptando nuestra casa interespecie de cinco perrxs, y muchxs humanxs. Al principio, la manada evitaba que bajara al patio, “juera de acá” le gritaban. Pero insistente el Tito fue ganándose el cariño y respeto de todxs. Se adoptó sólo, y en una casa llena de perrxs, entregó todo su cariño y sus ganas de contar historias. Un día enfermó no sabemos bien cómo -pareciera que por alguna pelea-. Su color de piel se volvió amarillo. Tras meses de tratamiento decidió irse de la casa y no lo volvimos a ver. Lo despedimos con mucha tristeza y confiando que donde esté, está descansando del dolor y recordando con gusto los buenos tiempos interespecies de mañosa conexión.

1.11.Tita

Unxs amigxs regalaban a esta gatuna pequeñez, y dijimos que sí. Tuvo que adaptarse a la manada -cinco perrxs- que en un comienzo no la querían en sus espacios. Dudamos si era una buena decisión traerla a la casa. Sin embargo, al segundo día ella se animó a saludar, a hacerse un lugar, a tantear los caminos invisibles -las distancias adecuadas-, a disfrutar los momentos y el desafío de habitar nuestra casa. Rápidamente lxs perrxs la fueron adoptando, lamiendo, haciéndole espacio en la cucha -no les quedó otra-, la Tita impuso su felina determinación. Abrazó a esta familia y tejió en su ronroneo la música con la que se dibujan puentes sobre las plantas de la huerta, entre el amaranto y los girasoles, persiguiendo a curiosas libélulas que se preguntan por tan curiosa interespecie familiaridad. Mientras subo las escaleras a mi pieza me pide atención, muerde mis medias, “juguemos” maúlla. A la noche quiere dormir conmigo, aunque a las cuatro de la mañana se despierta y me muerde las piernas. Hay días en que se agazapa detrás de una maceta y sorprende al Brad o al Negrito saltándole en las espaldas. Ellos suspiran acostumbrados a su locura juguetona.

1.12.Flaca (Parte 2)

Pasó aproximadamente un año desde que la Flaca se fue. Ni su otro humano de compañía ni nosotrxs la encontramos o tuvimos noticias de ella. Imaginamos las posibles aventuras que tuvo, los viajes subterráneos, las cartografías animalas afectivas que trazó en su sonriente andar. Sólo a veces pensábamos en que tuvo algún problema y no logró encontrar el camino de regreso...o quizá un accidente. No sé. La cuestión es que la Flaca ¡volvió!, unos días antes de Navidad. Ahí estaba moviendo la cola parada frente al portón como si regresara de un viaje místico. “¡Flaca!”. Qué lindo reencuentro de besos y abrazos. Todxs, perrxs, gatxs, humanxs, vecinxs, plantas, pozos, zanahorias, mariposas... todxs nos llenamos de alegría en su regresar.

2. Perrxs pasean humanx

Ese día fui a imprimir un cartel que imaginé viral. Es decir, la conjunción entre el dibujo de un perritx haciendo una pose “fortnite” y el título “paseo perrxs” iba a llevarme a un mundo canino diverso abierto a la trans-formación de las relaciones humanxs perrxs en el proceso de ser-nos paseadx. Algo así sucedió, pero lo que más me llamó la atención de esta pegatineada con cintex por los postes mendocinos, fue la reacción vecinal. No logré ver directamente los hechos, pero al otro día de la primer pegatineada, la mayoría de mis carteles habían sido arrancados -intuyo que con violencia-. A la semana realicé la segunda pegatineada. A los días descubro el mismo panorama. ¿Será el dibujito del perrx? ¿O será la frase “Paseo Perrxs”? A las semanas vuelvo a pegatinear y de nuevo los carteles rotos por personas evidentemente enojadas -ahora intuyo- por la X. Lo que me recuerda a las personas devotas de la real academia española que alguna vez consideraron atacarme por ser una X. Y debo admitirlo, las X me encantan. Mis palabras, como mis tránsitos

identitarios, como mis especies de compañía y las ecosofías que construimos juntxs, somos simpoiéticxs, “sistemas producidos de manera colectiva que no tienen límites espaciales o temporales autodefinidos” (Haraway, 2019, p. 63). Somos ciencia ficción, ni a, ni o, ni e. Impronunciables, incognoscibles, excéntricxs, como pequeñxs monstruxs dibujadxs que, cual “mushishis” o “pla plas”, nos desprendemos del papel y salimos a pasear. Somos “seres tentaculares” que “crean sujeciones y separaciones, cortes y nudos; crean una diferencia; tejen senderos y consecuencias, pero no determinismos; son abiertos y a la vez anudados, de algunas maneras y no otras” (Haraway, 2019, p. 61). X como “Figuras de Cuerdas” con las cuales jugar, saltar, tejer, atar, soltar, narrar los “mundos posibles y tiempos posibles (...) aquí y aún por venir, (...) como un compost semiótico-material, como teoría en el lodo, como embrollo” (Haraway, 2019, p. 62).

2.1. Tati y Morena

Ellas son sabias ¿Hermanas? seguro que sí. Solo las hermanas lanudas son tan unidas. Al andar se mezclan, entrecruzan, compiten por la delantera, en un silencio zen, en un horizonte nebuloso, lleno de perrxs encerradxs en sus casas ladrando (lo cual las asusta mucho cada vez). ¿Todavía no se acostumbran a ver a otrxs perrxs encerradxs? Pues no.

Morena es una caniche pequeña de unos ocho años con apenas trazos canela en el lomo. Ladra diciendo “no te detengas, sigamos”. Se recuesta panza arriba hipnotizada por una caricia. Come naranjas y sandías.

Tati es una caniche pequeña de unos 12 años, de color marrón. Le encanta pasear con la frente en alto. Hacemos como un montón de cuerdas juntxs. Algunos días no puede salir porque está decaída o con dolores. Hace años que tiene un tumor que le crece hacia afuera desde la zona de la panza. Hace años que tiene algunos días en que pareciera que va a caer en un punto de no retorno. Pero siempre vuelve, con su saltito ballet y alegre rectitud al andar.

2.2. Wally

El Wally es un “Golden” de unos tres años. Desde que lo paseo es muy mañoso y todo el tiempo quiere estar encima mío. Cuando lo suelto no se despega de mi lado, me salta, me agarra como queriendo montarme, pero no sólo eso, busca afecto, le doy cariño, se tira agradecido y es el perro más feliz del universo. Antes de comenzar a pasearlo, su humana me contó que se lastimaba la pata porque estuvo meses sin salir ya que ella estuvo de viaje. Primero reconocimos el terreno, la plazoleta de la vuelta y la vecindad. Al tercer día salimos en la bici y me tiró al piso cuando corrió como si no hubiera un mañana; no me pasó nada. De a poco fuimos encontrando un ritmo, un equilibrio. Tan cachorro grandote, que no se animaba a cruzar las pequeñas canaletas de la plaza y me miraba gritando “¡ayuda!”. Ahora cuando le pongo la correa se permite husmear las cacas, pastos, pis, postes... y si aparece otrx perrx se acerca curioso, no sabe cómo interactuar y vuelve

con la ansiedad de quien no ha aprendido a jugar a la mancha. Vuelve a babear y a correr al lado de mi bici como si jugáramos carreras contra el tiempo que se termina, pero sólo hasta mañana. Día a día va dejándose explorar un poco más sin correa y sin la ansiedad de treparse a su humanx. Desde que sale con la Filo -perra tremenda-, no puede evitar un torpe tropezón andante de nervioso primerizo compañero perruno de paseos y una cariñosa motivación de amistad.

2.3.Simona

La Simo “de la gente”. Diversa ella. El primer día que la conocí me ladraba como para atacarme, tanto que no podía acercarme. Estaba a punto de abandonar la tarea de pasearla hasta que caminé un rato junto a ella y su humana de compañía, arriesgué mi mano y logré hacer contacto. Tomé su correa y desde entonces me lleva cual carruaje a las aventuras bosque-ciudad, tropezando con las acequias, trazando cartografías accidentales, dejando migas de pan para volver por los caminos labrados, ladrados, sabiendo la ecosofía del escapar corriendo de las mordidas de otrxs perrxs, o de olfatear las colas de lxs desconocidxs. Descubrí en su amenazante proceder a una perra deseosa de hacer amigxs. “Se nos escapó y por suerte volvió a las tres horas” me contaba su humana. Y yo, con la Simona atada a la cintura, sufriendo su tironeo y reclamo “quiero correr, sólo quiero correr y jugar”, decidí soltarla en una plazoleta donde una pandilla de perrxs “forever-cachorrxs” la invitaba a jugar a la mancha. Y así sucede cada vez, corre en espirales escapando de las simpáticas y torpes piruetas de sus amigxs, revolcándose en el pasto mientras uno, dos perrxs se trepan entre sí, ruedan y alegres alegran el paseo. A veces sale con el Benshi -perro serio- y le salta al cuello abrazándole fuertemente para que reaccione y afloje su correa interior.

2.4.Benshi y Rolo

Un paseador conocido, de esa especie que camina las “perrovías” urbanas, me pasa el contacto de estos perros que necesitan salir urgente. Llego a la casa y son enormes ovejeros que no paran de ladrar desde las rejas. Sus humanxs me hacen pasar a la cochera. Todo parece indicar -cual película- que van a abrirles la puerta y los perros van a salir con una sonrisa gigante y me van a comer.

(Interludio-Recuerdo: paseaba por segunda vez a dos perrxs que por su fuerza y collares -de esos que no sirven- se escaparon y atacaron a otro que estaba tranquilo mirando la nada. Había tanta furia tantos dientes que intenté tirarles de las patas, usar mis pies y gritos, pero no se separaban. Vi sangre en el cuello del perro de pelo blanco y su humana gritaba también. En mi desesperación intenté usar las manos para separarlxs y sentí una trampa para osxs, una picadura de dinosaurio, una aguja abriendo mi dedo como si fuera el papel de un caramelo de cereza derretido. Logré afortunadamente en mi sacrificio alquímico, separarlxs. Pero una de lxs perrxs que yo paseaba salió corriendo al

perro de pelo blanco ensangrentado, esquivando los autos de la siesta y perdiéndose en el horizonte asfaltado y gris. Dejé a la otra perra al cuidado de un desconocido. Ella quedó como asustada, sorprendida de lo lejos que llegó su ataque. Corrí a toda velocidad atrás de lxs perrxs que se perseguían y hago unas cuatro cuadras corriendo, sosteniendo mi mano ensangrentada y sintiendo el rayo sobre mi madera abriéndose en surcos de dolor, desesperadx porque imaginaba que la sangre en el perrx era señal de que eso se iba a poner peor. Lxs perdí de vista. La gente en la calle me miraba con cara de "¿estás bien? eso es sangre". Me encontré con la humana del perro de pelo blanco, le pedí perdón y dejé mi número de celular. Por esas casualidades doblando en una cuadra x me encontré al perro que yo paseaba y logré, mancx, improvisar un collar y correa para llevarlo a su casa. Pasé por la plaza a buscar a la perra que me miraba preocupada. Cuando llegué a casa de su humana, ella estaba nerviosa, me vio heridx y le pedí que me dejara lavarme. Le conté la secuencia de sucesos. Me dijo angustiada "otra vez". "¿Cómo otra vez?" le contesté. Pues parece que ya antes habían atacado a otrx perrx y la habían denunciado a la señora. Con un enojo dolorosamente extraño caminé hasta mi casa pensando en el perro de pelo blanco -segurx de que le habían hecho mucho daño- con una tristeza profunda. Bueno la cosa es que tuve que ir al hospital donde me pusieron unos nueve puntos en el dedo. Nunca me había mordido un perrx. Duele como demasiado. Por suerte me entero por el celular que el perro blanco estaba bien sin heridas. La sangre que tiñó su cuello fue porque uno de los que yo paseaba se mordió la lengua. Todxs se/nos recuperamos. Aunque decidí no volver a vernos. Fin del Interludio-Recuerdo).

Benshi y Rolo sólo me olieron, ladraron, asustaron, saltaron, babosearon. Sacarlos juntos era imposible. Se ponían en actitud violenta y no podía sostenerlos.

(Recuerdo: dos perrxs que tuve que dejar de pasear porque me arrastraron literal tres o cuatro metros por el césped de lo fuerte que tiraban de las correas).

El Benshi tiene su encanto. Cuando pasea sólo, le gusta caminar, oler, saludar a otrxs, disfruta tanto que no quiere volver y me llena de ternura como si fuera un niñx viejx. El Rolo está "pasado". Tuvo unos meses a un entrenador, pero parece que no resultó. Está tan desesperado-ansioso por salir que tira de la correa y ladra como tildado, como si ladrar y tironear y saltar fuera para él el paseo. Decidí por una cuestión física –no me lo puedo- no llevarlo "cortito" ni disciplinarlo. Sabiendo que el entrenamiento tradicional fracasó opté por el método de ponerme "blanditx" y dejar que me lleve. Es así que apenas se abre el portón salimos corriendo, y el Rolo con desesperación mea y huele todo a su paso. Afortunadamente no se obsesiona con otrxs perrxs ni humanxs. A los diez minutos de trotar con él y seguirle el ritmo baja gradualmente su ansiedad. A la segunda semana ya se acostumbra a la dinámica con avances sorprendentes en su... en la sensación que me transmite de que está disfrutando la salida y que me comienza a registrar cuando le pido ir más despacio. No ahorcar al perro con la correa, y no lastimarme la cintura, es un avance muy importante.

2.5. Filomena

La Filo es una perra que estuvo guardada ¿castigada? porque alguna vez corrió a una bicicleta en la que iba un viejito a quien mordió en la pierna. Pareciera que no fue tan grave. Algo con el ruido de las ruedas, los pedales, las patinetas, altera su existir. Pero asustó a todxs y decidieron no sacarla más. Pasado ¿un año? de este antecedente penal perruno me contactan para pasearla con la condición de que no la suelte. Y la Filo amante de la libertad, de arrastrarse y revolcarse sonriente por toda la suciedad posible, de correr a toda velocidad, me adopta automáticamente como lx humanx que va a darle salidas transitorias a lo más cercano a la liberación. Ahí vamos, con una larga correa que le permite perseguirse con otrxs perrxs, andando en bici a peligrosas y adrenalínicas velocidades -literal recuerdo las imágenes de perrxs lobxs arrastrando trineos hacia un lugar mejor-. La Filo arrastra y se menea de espalda sobre basura, pis, caca, se mete en las acequias embarradas, come huesos, tutucas, palomas muertas que de casualidad olfativa encuentra (intento sacarle todo de su boca, pero realmente no puedo). Siempre que la busco muerde la correa gritando explícitamente "¡sácame de estas cadenas! Su humana me dice que le dé un chirlo para que se porte bien. Pero no puedo, "no doy chirlos" le digo, imaginando la cara de la Filo diciendo "hagas lo que tengas esta correa para mí es una cadena". Aun así, la siento siempre feliz de encontrarnos, agradecida, demandante, desafiante. Cuando me voy se queda mirando desde las rejas como si una hora fuera poco tiempo para ella (lo es para todxs). Sea cual sea su pasado, su futuro es de amor eco-sofístico.

3. Ecosofía urbana y perrxs

Escribo y los dedos se me vuelven cables que se vuelven lombrices que se vuelven sonoridad lúdica y ansiedad revolucionaria. Un silbido, un ladrido, nos atrae magnéticamente. Haraway destaca que “no hay sujetos ni objetos preconstituidos, ni fuentes únicas, ni actores unitarios ni finales definitivos” (Haraway, 2003, p. 6). En este sentido, no hay manera de mirar nuestro saber-hacer en relación a las especies de compañía y nuestros entornos (urbanos en este caso), que no sea una perspectiva situada, antiesencialista, antibiologicista, y me animo a decir “trans-feminista”. Este último concepto articula diversos y poderosos movimientos históricos, culturales, sociales, políticos, económicos, afectivos, monstruosxs, “tentaculares”. Otreddades frente al “Uno” hegemónico, colonizador y explotador de nuestros cuerpxs y bienes comunes. Donna Haraway (2003) menciona que el *Manifiesto de las Especies de Compañía* trata de la “implosión de la naturaleza y de la cultura en la incansable e históricamente específica vida compartida de los perros y las personas, vinculados en la otredad significativa” (Haraway, 2003, p. 16). Intensidad contradictoria en hábitats especistas, patriarcales, capitalistas, racistas, colonialistas. Somos parientes inmersxs en ecosofías en disputa,

somos problemas y problemáticxs, enredadx en afectos y redes de poder. Esta bitácora ecosofística se trenza en “contar relatos sobre la relación con la otredad significativa, a través de la cual los compañeros nos convertimos en lo que somos en carne y signo” (Haraway, 2003, p. 24).

Las ecosofías se nutren de historias, de perspectivas situadas interdependientes, de convivencias afectivas y laborales interespecies que tensan las nociones esencialistas y biologicistas presentes en el antropocentrismo capitalista, racista y patriarcal y que calan nuestrxs cuerpxs e historias trans-feministas. Somos X, trans-especies de compañía. Narraciones extraordinarias, propias de sombras chinescas enceguedas por la luz del sol. ¿Es esto una cadena? ¿Una invitación para salir a tomar aire? ¿Premio-castigo? ¿Son obsoletas las correas? La otredad significativa de Haraway trata de “conexiones parciales”, de “geometrías contraintuitivas y las traducciones incongruentes necesarias para llevarnos bien, donde los trucos divinos de la evidencia y la comunión inmortal no son una opción”. (Haraway, 2003, p. 24). Ochenta pesos la hora y mi cuerpo es una liviana cadena que puedes arrastrar hacia donde tu olfato te dirija. (Esto me recuerda al trabajo con niñxs, en educación, cuidados, recreación... ¿Niñxs de compañía?). Ni perrxs sin paseadorxs, ni paseadorxs sin perrxs. Un auto pasa a toda velocidad y casi nos choca a todxs (a mi abuelo en bicicleta, a mi abuela que sin saberlo se perdió, al niñx polimorfx que fui). -Extraño a mis ancestrxs de compañía-.

Ese tecnoindustrimilitar medio de transporte ha colonizado los senderos. Ir de casa hasta la plaza puede ser una aventura innecesariamente mortal. El Wally no puede andar suelto porque los autos lo van a chocar. Sino sería el perrx de compañía de toda la cuadra. Y lxs demás perrxs de la cuadra podrían interactuar no a través de las rejas, las correas, los gritos y amenazas de nuestra civilización. No hay paz garantizada sólo distintas condiciones de existencia, decisiones que nos involucran, convivencias de riesgo, bien y mal - intencionadas, neoliberales, trans-especies.

Se escucha un choque en la esquina. Lxs vecinxs se asoman por entre las rejas. Del kiosco sale unx chicx preocupadx. Una perra en la esquina levanta el hocico y recuerda como un relámpago el sonido de las ruedas frenando dibujando el asfalto. La moto está tirada, perrxs y humanxs interpretan con terror de guerra mundial, que es algo que pasa y que suele pasar. El Wally es la primera vez que ve un choque. La chica que venía en moto está en el suelo. Un pequeño grupo de personas se acerca a brindar su ayuda, a increpar al conductor del auto que pasó, lo suficientemente rápido como para mínimo increparlo. El Wally cada vez que escucha una frenada o un golpe fuerte en el asfalto, salta como si de un trueno se tratase. Me mira y dice “quiero volver a casa”.

A veces, con el quinteto perrunx de casa con la Flaca a la cabeza llevándonos a todxs de viaje, imaginamos que la calle es un río, y la acequia llena de agua la excusa perfecta para inventarnos delfines, y la Kichi salta toda como una medusa que agita su melena de serpientes negras. Llegamos al parque, que es -por ahora- el hábitat natural de estxs perrxs. Un lugar infinito para sus narices. Libres de culpas, retos y miradas del mear,

cagar, comer, beber, ladrar, embarrar, desenterrar, dormir, soñar. Una señora lleva sus dos perrxs amables con unas correas de colores. Nos mira pasar asombrada. Cuando frenamos a tomar agua en el arroyito ella se acerca y dice “¿Son todos tuyos?”. “Algo así” le contesto anarco-comunista. “Felicidades” me dice. Como si imaginara a sus perrxs así corriendo sin correa en su propia manada andariega. Pienso en que somos afortunadxs en nuestra frágil, riesgosa, ruidosa y contradictoria salida. Nuestra ecosofía está en riesgo al mismo tiempo que somos un riesgo. Somos X. Ciencia ficción “es un método de rastreo, seguir un hilo en la oscuridad, en un peligroso relato verdadero de aventuras en el que quien vive, quien muere y de qué manera podría llegar a ser más evidente para el cultivo de una justicia multiespecies” (Haraway. 2003. 22).

Al volver con la lengua afuera, nuestra “familia generada en el vientre del monstruo de las historias heredadas que tienen que ser habitadas para ser transformadas” (Haraway. 2003. 96), reencuentra el plato de agua, el alimento balanceado, el ventilador al mínimo, las zanahorias ralladas, la gata asombrada que pregunta en voz alta “¿Adónde fueron?”.

En el camino a casa, otra manada nos salió a “buscar pelea”. Eran tres. A la Flaca la encerraron y casi la tiran a la acequia. Todxs se ladraron mucho. Algunos mordiscos fueron largados al aire por si acaso. “Nadie pasa en esta esquina” decía el trío patotero. “Me tocás, y te mato” decía la Flaca. Todxs nos alejamos porque una pelea allí podía ser mortal (los autos pasan alrededor como balas). Pero bien que la Coqui y la Kichi estaban listas para poner a esos perrxs patoterxs en su lugar. ¿Habrá un movimiento de paseadorxs de perrxs, veterinarixs, niñxs-impurxs, que intervengan en conflictxs inter-perrunxs? “Woolf entiende lo que ocurre cuando lo impuro se pasea sobre el césped de lo debidamente registrado. También entiende lo que ocurre cuando estos seres marcados (y marcadores) consiguen credenciales y un sueldo” (Haraway, 2003, p. 88). En este sentido me cuestiono el lugar “pedagógico” de la norma-lidad antropocentrista, tanto de resolución de conflictos (premio-castigo meritocrático “sálvese quien pueda”), que la “escuela” y también “la calle” ofrecen en oferta. Ochenta pesos la hora, y si es con correa, mejor. Sin embargo, impurxs somos (aunque la sensación de “ser” ya tiene algo de pureza). Y nuestros procesos de “registro” son aún más contradictorixs, como si ladrar fuera “hacer ruido”, como si correr por la calle fuera un “acto suicida”, como si el encuentro con el otrx animal fuera siempre en el borde del genocidio nuclear. Transiciones transgenéricas al borde de la adaptación de lxs menos aptxs. Antinatura, antievolucionistas. Enemigxs. Desesperadxs de la mano invisible del querer. Narices frías de olfato agudo tras el rastro de sangre civilizatorio, capital cárnico, acumulación originaria de la originaria originariedad.

Las redes de poder tejidas entre humanxs y perrxs son una trinchera más de las luchas de clases y populares históricas (milenarias) y cotidianas. Alguna vez, gatxs y perrxs conviven en comunidades secretas, junto a una multitud de elementos de compañía, tan familiares como las ratas, tan explosivas como las bolsas de basura, tan

antropocéntrico como perrxs, niñxs, trabajadorxs, diversidades sexuales, territorios, bienes comunes, decisiones colectivas con dueños.

Un continuum de protestas se multiplica ciertas noches en que lxs perrxs de todas las cuadras del mundo comienzan a ladrar el mito original y el apocalipsis por venir. “Quiero saber cómo vivir con las historias que llegaré a conocer” (Haraway, 2003, p. 81). Un caniche se mira al espejo, no ve a nadie. Recuerda al vecino tras el enrejado. Escucha su silbido. Responde bajito. “Guau”.

Hoy es día de paseo. El cinturón en la cintura moretoneada. Estxs perrxs visitan a sus amigxs más seguido que yo. Somos un problema:

Ir de visita no es una práctica heroica, armar un alboroto no es la Revolución, pensar unos con otros no es el Pensamiento. Abrir versiones para que las historias puedan continuar es tan mundano, tan ligado a la tierra... Este es el punto, precisamente. El mirlo canta su importancia, los turdoides danzan su brillante prestigio, quienes cuentan cuentos rompen el orden establecido. Esto es lo que significa “ir demasiado lejos”; esta práctica curiosa no está a salvo. Al igual que Arendt y Woolf, Despret y sus colaboradores entienden que estamos tratando con “la idea de un mundo que podría ser habitable (Haraway. 2019. 201).

De esta manera recuerdo la plaza de mi infancia ahí donde caí del árbol del amor y me esguincé la muñeca mental para siempre. La vecindad ha acordado el permitirse en una danza circular “soltar” a sus especies de compañía. Y a veces son doce, quince, lxs perrxs que se encuentran, se lamen, huelen, montan, persiguen, atrapan, desafían, abrazan. Pareciera que es una pedagogía implícita de lúdica socialización, de encuentro comunitario más popular de lo que parece, más antiespecista de lo que intuimos. Sí a veces, los pozos, las cacas, los ladridos, los desencuentros, las peleas, el miedo. “El alboroto (...) afirma la necesidad de resistir la asfixiante impotencia creada por la ‘imposibilidad de hacerlo de otra manera, lo queramos o no’, que hoy reina en todas partes”. Ya es hora de montar ese alboroto” (Haraway, 2019, p. 202). Somos este alboroto trans-especie. Esta manada atravesada por accidentes que se suceden como misteriosas represiones, como aturdidas amenazas, como un lenguaje que deja huella y cicatrices. Somos saberes interespecies, ecosofías, nudos, tentaculares, palabras, ladridos, maullidos. Mapas de colores, texturas, sabores, olores, intuiciones, imaginaciones. La profecía tiene su collar. Heridxs estamos. Es nuestro momento de pasear. Tú, puedes llamarme... como quieras. Habitemos en los escondites de nuestras lenguas agrietadas. Público cautivo. Niñxs terroristas. Trepén a los árboles. Aúllen.

Bibliografía

Haraway, D. (2003). *Manifiesto de las especies de compañía: Perros, gentes y otredad significativa*. Bocavulvaria Ediciones, Córdoba, 2017. Disponible en: <https://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2017/12/manifiesto-de-las-especies-final.pdf>

Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Edición Consonni, Bilbao, 2019.

FEDE LUNA BUCCIO LIMA

Estudiante de Sociología preparando mi tesis sobre teorías trans-travestis. Actualmente realizo el taller virtual “Recreando Historias”, y cuido diariamente a “León”, niño de un año y medio. Artesanx de títeres y marionetas “Del Invierno”. Paseadorx de perrxs (o paseadx por perrxs) de las tardes mendocinas.